

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

Antropocentrismo cristiano y nuevas vertientes teológicas para una “eco-justicia” [Christian anthropocentrism and new theological aspects for an "eco-justice"]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Castillo Guerra, Jorge E.
Publisher	EATWOT's International Theological Commission
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-12 06:52:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/189108

Antropocentrismo cristiano y nuevas vertientes teológicas para una “eco-justicia”

Jorge E. CASTILLO GUERRA

El cambio climático constituye una de los principales problemas del mundo actual. Después de más de cuarenta años de debates entre científicos y políticos resulta ya prácticamente innegable constatar los efectos de la llamada crisis ambiental. Diariamente entran en nuestros hogares noticias sobre catástrofe naturales que tratan sobre alta precipitación pluvial, cambios abruptos en la temperatura, sequía, pérdida de cosechas o sobre ballenas y delfines que aparecen muertos en las costas. Según datos de la *Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza* (UICN) la crisis ambiental afectan a más de la mitad de las 30 millones especies de animales y plantas que existen en el mundo: 1.000 especies se encuentran en peligro de extinción y 17.000 se encuentran amenazadas. Es más, si el deterioro del medio ambiente continúa entonces habrá una disminución de un 33% en todas las especies vivientes en el 2020.

Se trata de una crisis ocasionada por los seres humanos que pone en peligro la sostenibilidad del ambiente para las presentes y futuras generaciones. El modelo de civilización vigente ha hecho de la racionalidad económica su piedra angular. En consecuencia, el cosmos, las plantas, animales, minerales y los propios seres humanos han sido limitados al binomio explotación-ganancia. Se caracteriza a la naturaleza como un producto, “un recurso”, cuya valoración depende de su cotización mercantil. Entonces, el empobrecimiento del medio ambiente va de la mano con empobrecimiento de aquellos seres humanos que por su “bajo rendimiento” monetario ya no caben en el sistema ideado por la racionalidad económica, y porque la protección de sus derechos se interponen a la fluidez de los mercados. A la destrucción del medio ambiente y al desecho de

los pobres corresponde también el desmantelamiento de las estructuras estatales. El Estado pasa a convertirse en el guardián de la soberanía del mercado, en un “Estado mínimo” que no se interponen al sometimiento económico de la naturaleza y de los seres humanos.

Durante la reciente crisis económica se planteó una profunda revisión del modelo de economía neoliberal. A un nivel mundial muchos aguardaban la llegada de un nuevo paradigma de civilización que dejase atrás el esquema de la explotación-ganancia económica. No obstante, ahora que economistas y políticos anuncian el restablecimiento económico se prevé un fortalecimiento de la racionalidad económica en las relaciones de los seres humanos con la naturaleza y la constitución de las sociedades.

Desde un punto de vista cristiano no sería menos que relevante preguntar ¿cuál es el significado de la propia fe para esta situación?

En la segunda mitad de la década de los años sesenta, poco antes de las grandes protestas estudiantiles (1968) y de la crisis energética (1972) escribió el estadounidense Lynn White un artículo sobre las raíces históricas de la crisis ecológica¹. White, profesor de historia medieval en universidades como Princeton y Stanford, formuló en aquel escrito que la idea de concebir a la tierra como recurso para el consumo humano no proviene de la era industrial, sino del cristianismo medieval. En su opinión el cristianismo generó una mentalidad donde no hay respeto por la naturaleza y los seres humanos pueden, incluso, explotarla y destruirla para su propio beneficio. Mentalidad, que se traduce en la explotación de la naturaleza cada vez más intensificada en la medida en que se incrementa el desarrollo tecnológico.

Para White el cristianismo acoge la interpretación lineal judía de la historia, teleología en la cual el hombre ocupa el espacio central y que genera una visión antropocéntrica. En particular, el relato de la creación del mundo del libro del Génesis (1,28) encarga a los seres humanos el sometimiento de la tierra. La tierra no está entonces a la misma altura que el ser humano y este puede utilizarla a su gusto.

Otro argumento empleado por White para evidenciar el efecto negativo de la antropología judeo-cristiana para el medio ambiente tiene que ver con la desacralización de la naturaleza. En efecto, el cristianismo introduce un dualismo que separa al ser humano de la naturaleza y también desvincula a Dios de la naturaleza y lo pone en el cielo. Se trata de un Dios abstracto, no presente en las piedras, árboles o animales, tal

¹ Cf. Lynn WHITE, *The Historical Roots of Our Ecological Crisis*, revista *Science* 155 (1967) 1203-1207. Publicado en castellano por la Agenda Latinoamericana'2010, y disponibilizado en inglés y en castellano en su página de información complementaria: latinoamericana.org/2010/info

como lo conciben otras religiones (el animismo entre otros). Se trata de una crítica que también hemos escuchado de africanos que acusan al cristianismo de haber sacado a Dios de la naturaleza y haberlo encerrado en un templo y reducido a un sagrario. Una vez fuera de la naturaleza no habría mayores argumentos religiosos o éticos para protegerla. Para White el origen de los problemas ecológicos radica en Occidente y fue llevado más tarde al resto del mundo. Justamente, debido a su origen religioso, los problemas ecológicos también deben tener una solución religiosa. De ahí que propusiera a Francisco de Asís como patrón de los ecologistas.

Quedan también otras fuentes que afirman una visión antropocéntrica en el cristianismo. El gran teólogo cristiano Tomás de Aquino escribe en su manual para misioneros *Summa contra gentiles* (III, parte II, 112, 12) que no debe afirmarse que el sacrificio de animales para el consumo humano sea un pecado, puesto que los animales existen para los seres humanos. Su interpretación proviene sin duda alguna de la filosofía de Aristóteles, quien escribe en *Política* sobre una cadena funcional entre los seres vivientes: las plantas existen para los animales, los animales para el ser humano.

Por último la posición antropocéntrica ha sido mantenida por la visión creacionista, rotundamente opuesta a otras teorías tales como el modelo de evolución o el diseño inteligente. Es un modelo que sigue literalmente los relatos del Génesis, donde el ser humano es producto de una acción directa de Dios. Según biólogos críticos el creacionismo solamente pudo surgir en un contexto donde no existían simios (familia *hominidae*) que le recordasen su profunda vinculación con la naturaleza y que hiciesen relativa la centralidad que el ser humano se autoadjudicó.

Poco después de la publicación del artículo de White se funda el *Club de Roma* (1968), que en 1972 publica el conocido libro *Los límites del Crecimiento* donde se anuncian los efectos negativos de la explotación intensiva de la naturaleza y que llevaría al agotamiento de los recursos naturales. Casi cuatro décadas más tarde el *Club de Roma* continúa insistiendo en que se reconozcan los riesgos catastróficos del crecimiento económico desmedido y que afecta todos los sistemas de vida. Frente a esto propone la búsqueda de una nueva vía de desarrollo (*Declaración de Ámsterdam*, 27 de octubre de 2009). Diferentes corrientes proponen hoy día todo tipo de soluciones; muchas, no obstante, dejan intacto al problema del primado de la economía sobre las otras actividades humanas y el incentivo del materialismo que devora materias primas y genera degradación ambiental y que subsiste gracias la mano de obra barata, es decir explotada.

Entre tanto, puede afirmarse que dentro del cristianismo ha surgido una preocupación por los problemas ecológicos. En 1979 el papa Juan

Pablo II, siguiendo la idea introducida por White y apoyado por otros científicos y grupos eclesiales declaró a Francisco de Asís patrón de los ecologistas (bula *Inter Sanctos*, del 29 de septiembre). El papa Juan Pablo II también se pronunció en favor de una comprensión de los problemas ecológicos en relación con los pobres: “Es preciso añadir también que no se logrará el justo equilibrio ecológico si no se *afrontan directamente las formas estructurales de pobreza* existentes en el mundo” (Mensaje para la XXII Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 1990, n° 11).

Digno de mención es también el llamado «proceso conciliar» que llevó a la formulación de una búsqueda unificada de la paz, justicia y el cuidado de la naturaleza (Asamblea Euménica de de Basilea, 1989). Aunque pueda cuestionarse la ausencia de una estrategia eficaz para generar una nueva conciencia sobre el medio ambiente, puede asimismo afirmarse que las Iglesias han dado espacio a muchos grupos que continuamente hacen del tema de la justicia y la ecología un punto central en las agendas de las parroquias.

Dentro de la teología pueden mencionarse las aportaciones de la «teología del proceso» como una que ya en la década de los años setenta del siglo pasado instó a una participación activa en el cuidado de la creación de de Dios. En el contexto latinoamericano se puede afirmar se que la teología de la liberación, por su atención hacia la situación de los pobres y su conciencia contextual, ha puesto en marcha líneas de reflexión y acción dirigidas al problema de la creación. Tal es el caso de la teología eco-feminista que combina la perspectiva de género con la preocupación por el medio ambiente y las víctimas. Esta teología asume objeciones efectuadas por el movimiento feminista a partir de la década de los setenta del siglo pasado. De ahí se desprende que la opresión contra la mujer está sumamente entrelazada con la opresión contra los pobres y la explotación del medio ambiente. Estos tres tipos de asimetrías son originadas por un denominador común: la opresión masculina del mundo. La suerte de los pobres se juega en la suerte de la tierra, la justicia social no puede separarse de una “eco-justicia”. La brasileña Ivonne Gebara, voz representativa de esta corriente teológica, propone una nueva visión cristiana para mejorar las relaciones entre hombres y mujeres a la vez que anima la lucha por acabar con otras formas de opresión. Se trata de una visión que unifica la vida humana con las relaciones con el cosmos y las relaciones con la madre tierra con la búsqueda de la justicia. Tras esta visión encontramos una forma de aprehender la realidad a partir de una intuición biológica-corporal que difiere de la aparente objetividad abstrayente, de aquellas reflexiones excéntricas, que alejan al ser humano de la naturaleza.

En tal sentido resulta conveniente recordar las aportaciones de Jürgen Moltmann para una nueva reflexión sobre la teología de la crea-

ción y para una nueva ética. La meta de esta nueva teología, que el autor viene desarrollando desde la segunda mitad de la década de los ochenta, es la superación del antropocentrismo a través de la revaloración de la creación como aquel lugar donde Dios pone su tienda (*shekinah*). La creación debe ser concebida como un sacramento, signo del Creador, como lugar escogido por Él para revelarse e incluso abajarse y encarnarse. Esta nueva comprensión tiene importantes valores para una nueva reinterpretación del relato del Génesis, porque no se entrega la creación al ser humano para que haga y deshaga, sino para que, a semejanza del Creador, desarrolle su vida en forma constructiva, co-creando, ayudando y no destruyendo.

Dentro del cristianismo ha surgido una nueva teoría crítica con respecto a su "tradición" antropocéntrica. La crisis ambiental es percibida como crisis espiritual. A pesar de la gran cantidad de conocimiento sobre los efectos negativos del crecimiento económico para el medio ambiente y para la vida de los pobres no ha surgido todavía un consenso mundial para la superación de esos problemas o para pensar fuera de las relaciones de dominación.

La perspectiva antropológica aún sigue vigente y con ella la supremacía del modelo económico. No obstante, nuevas aportaciones desde el cristianismo hacen cada vez más evidentes no sólo las limitaciones sino los errores que su visión encierra. Se trata de aportaciones con una doble función: erradicar las consecuencias del antropocentrismo en el mundo, a la vez que el cristianismo mismo se transforma en una religión de apertura cosmológica. Ésta es una gran oportunidad que se le presenta al cristianismo en América Latina en su diálogo con las religiones indígenas. Puede aprender a revalorar las relaciones con la creación como "cosmo-sentimiento", noción que acentúa la *vitalidad de las relaciones* en la experiencia cósmica². También puede iniciar un nuevo modo de reflexión enraizada en el suelo-madre y que no cae en la trampa de la falsa abstracción, tal como se desprende de la llamada "Pachasofía"³.

Jorge E. CASTILLO GUERRA

Profesor de Cristianismo Mundial y Relaciones Interreligiosas
Universidad Radboud de Nimega,
HOLANDA

² Cf. Aiban WAGUA, "Las teologías indias ante la globalidad de la teología cristiana", en: VARIOS, *Teología India: Primer encuentro taller latinoamericano*, Abya Yala, Quito 1992, 291- 296.

³ Cf. Se trata de un término de Manrique Enríquez (1987) para sistematizar la sabiduría andina. Cf. Josef ESTERMANN, *Filosofía Andina: estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*, Ed. Abya-Yala 1998, en particular cf. pp. 143-189.